

Soy EVAN

Iris Boo



Saga Elementos

Libro 2



kamadeva

Iris Boo
SOY EVAN

Saga Elementos
Libro 2

Soy **EVAN**
Iris Boo



kamadeva

© Iris Boo
© Kamadeva Editorial, febrero 2022

ISBN papel: 978-84-123749-7-1
ISBN ePub: 978-84-123749-8-8

www.kamadevaeditorial.com

Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
Tel: 912904490
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Epílogo](#)

Prólogo

Puedo decir que mi vida no ha sido como la del resto, empezando porque he vivido durante mucho, mucho tiempo, como diez vidas. Aunque lo importante no es el tiempo en sí, sino lo que consigues durante el mismo. Hay viejos de noventa años que apenas han llenado su vida con experiencias, y otros que, siendo niños, han vivido tres vidas. Como alguien dijo, no es el destino sino el viaje lo que importa. Pues mi viaje ha sido de los que se hacen con una maleta grande.

Mi destino, como el de cualquier hijo de granjero de finales del siglo XIII, era trabajar de sol a sol en el campo, atender a los animales y no protestar cuando el recaudador de impuestos aparecía para llevarse la mayor parte del fruto de nuestro trabajo. Cuando no conoces otra cosa, piensas que no hay nada mejor.

Mis padres creyeron haber tenido suerte, ya que la mayoría de sus hijos sobrevivieron a la infancia, hasta que se dieron cuenta de que había demasiadas bocas que alimentar. Antes no se tenían hijos porque no existiera otro tipo de entretenimiento, sino porque la mayoría de los niños no llegaban a convertirse en adultos, y el campo necesita manos para trabajarlo.

Creo que me estoy extendiendo demasiado en la clase de historia medieval, cuando lo realmente importante es cómo llegué a conocer a mi ninfa, el ser más hermoso que jamás caminó sobre la tierra. Tal vez lo que le da sentido a mi historia es que la perdí, o mejor dicho, me la robaron.

Y es aquí donde estoy ahora, embarcado en una loca odisea para recuperarla. Y no estoy solo, somos muchos los que hemos sufrido su pérdida, pero puede que yo sea el único que tiene estos profundos sentimientos por ella. Sí, la adoro, la venero, la idolatro, como cualquiera de todos ellos, porque es la madre que nos cuida y protege, o al menos lo hizo hasta el final. Pero yo, además, la amo. Sin ella, el sol ya no brilla igual, su calor no me reconforta. Perderla ha sido como privarme de la luz que me mantiene con vida, sin ella estoy condenado a marchitarme y morir.

Abandoné una guerra en la que no deseé embarcarme, una guerra buscada por otros con falsos pretextos y con el único objetivo de lucrarse. Matar a un hombre para llenar el baúl de otro con oro no tenía nada de honorable,

aunque ellos lo llamasen Guerra Santa. Me prometí a mí mismo no volver a empuñar un arma contra otro hombre, no segar más vidas. Pero cuando me arrebataron a mi ninfa, no dudé un segundo en desenterrar mi espada y afilarla para empuñarla de nuevo. Haría lo que fuera por recuperarla, por ella sí merecía la pena sacrificar mi alma.

Capítulo 1

Antes de ella...

No puedo decir que pasar la noche con una meretriz fuese la mejor experiencia de mi corta vida. Pero con dieciocho años sí podía asegurar que era mucho mejor que meterte en una batalla, en un asedio, incluso que desplazarse de un lugar al siguiente en el que haríamos algo de lo anterior.

La mayor parte del tiempo estábamos de camino a algún sitio, o esperando que nos dieran la orden de hacerlo. Si eres un soldado de infantería como yo, acababas acostumbrado a caminar kilómetros y kilómetros cargando con todo tu equipo a la espalda. Afortunadamente, el trabajo de la granja había fortalecido y endurecido mi cuerpo para soportarlo. Mis piernas y brazos eran fuertes, y mis hombros estaban acostumbrados a cargar con peso.

Me levanté del lecho para liberarme del olor a sudor que lo impregnaba todo. No es que estuviese incómodo, aquel jergón era mucho más confortable que el suelo donde yo dormía, pero al menos mi manta olía solo a mí, no a los demás hombres que habían pasado por allí para aliviarse la picazón de su entrepierna.

Me giré hacia la voz de la mujer que aún permanecía sobre el lecho. No entendí lo que me dijo, pero su mirada me decía que no quería que me fuera.

—Lo siento, pero no tengo más dinero —me disculpé.

La primera advertencia que me hizo August, «Cuida tu dinero, en estos lugares es fácil que te quedes sin él», por su forma de mirar a la gente de alrededor, sabía que se refería no solo a las meretrices o el alcohol.

Comprobé que las monedas que me quedaban estaban en su escondite dentro de mis botas. Podían hacer más pesados mis pies, pero nadie podría robármelo sin que me diese cuenta. Uno aprende con el tiempo a protegerse de esas cosas. El dinero no tiene nombre, y cuando la necesidad aprieta, ni los compañeros de armas te respetan, y se supone que nos cuidamos los unos a los otros. Encontrar auténticos compañeros lleva su tiempo, y después de cuatro años en el ejército creo que he encontrado algunos. Solo esperaba que no se fueran como otros a los que también consideraré amigos. La vida en las milicias es peligrosa, y no solo estoy hablando del enemigo.

En Zara, después del asedio llegó la conquista y el saqueo. Nunca había visto algo como aquello. Todavía me tiembla el cuerpo cuando lo recuerdo. Alguien me dijo que era demasiado joven, que con el tiempo yo haría lo mismo, pero dudo que yo llegue a convertirme en alimaña, como ellos. ¿De verdad alguien que dice actuar en nombre de Dios es capaz de cometer esas atrocidades?

Salí de la tienda para notar la brisa cálida en mi cara, tratando de alejar aquellas imágenes de mi cabeza. Busqué con la mirada a mi grupo, para encontrarlo a unos pocos pasos de distancia. La carcajada profunda de Cedrik se perdía en el aire, provocada seguramente por algún comentario mordaz de Egbert. Tenía la boca muy sucia, pero hacía que la vida militar fuese un poco más divertida, al menos en estos momentos de esparcimiento o durante los largos desplazamientos.

—¡Eh!, muchacho. ¿Qué tal te ha ido? —Me senté junto a Ernest antes de contestar a Cedrik.

—Bien. —Tampoco necesitaba mucha más explicación. Apreciaba su gesto, lo de festejar mi llamémosla buena suerte después de mi primera gran batalla. Como dijo Cedrik, hay que celebrar que sigues vivo.

—¿Solo bien? Si no te ha dado un buen trato es que no vale el precio que hemos pagado por ella. —Egbert lo gritó bien alto para que el hombre que se encargaba de las meretrices lo oyera. No estaba seguro de si lo había entendido. Podían viajar acompañando a la tropa para abastecerla de estas y otras necesidades, pero hablábamos tantas lenguas diferentes que era difícil conocerlas todas. Toda la cristiandad se había unido para acometer nuevamente la misión de recuperar Tierra Santa, aunque nuestros pasos nos llevasen a Constantinopla en vez de a Jerusalén.

—Tienes cara de necesitar algo de estofado. —Ernest me tendió una escudilla que cogí entre las manos. Todavía estaba caliente, señal de que la había guardado junto al fuego para mí.

—Gracias.

—Saboréalo, muchacho, puede que no vuelvas a comer algo caliente en bastante tiempo. —Alcé la vista hacia Ernest. Él era un caballero villano, ya saben; no un noble, pero sí uno de esos villanos que tenían suficiente dinero como para comprarse un caballo, armas y armaduras. Prestando servicio a su señor podía alcanzar la misma exención de impuestos que tenía un noble. De alguna manera me había tomado aprecio y se había propuesto meter algo de cultura y sensatez en mi cabeza.

—¿Se levanta el campamento? —pregunté.

—Saldremos con la siguiente marea —informó.

Nuestra expedición embarcaba otra vez, esta vez con destino a Constantinopla.

—Entonces no importará si nos levantamos tarde. —Egbert sacó la botella de barro cocido en la que guardaba su alijo personal de alcohol.

Media hora más tarde habíamos casi vaciado, entre los cinco, la botella; aunque he de reconocer que yo solo he necesitado medio vaso para emborracharme. Y sí, he dicho cinco porque Dagobert estaba en el grupo, pero fiel a su forma de ser, no había dicho nada. Él no es de hablar. Muchos se preguntan qué hace un tipo así en las milicias, pero yo lo sé: sencillamente porque es mejor sitio que donde estaba antes. Ernest cree que esconde algo, un gran secreto, aunque aquí eso da igual mientras cumpla con su trabajo, y él era de los que encontraban un buen camino por el que avanzar. Ya saben, de los que se adelanta al grueso del ejército y da con el mejor sendero para transitar. Es complicado tener en cuenta todas las variables: que sea ancho para que entren las carretas, que no sea fangoso para que no se atasquen las ruedas... Todas esas cosas. Él era de los pocos que tenía caballo, por eso podía recorrer grandes distancias para explorar el terreno y para llevar mensajes de una avanzada a otra.

Como infante, yo no contaba con una montura, pero me habría encantado tener una, aunque solo fuese un asno. La equipación que llevo encima pesa como un muerto cargado a la espalda. El gambesón es pesado, pero prefiero llevarlo a ir a la batalla sin protección. En el último asalto me había hecho con una cota de malla de un soldado que ya no la necesitaría. No me juzguen, a ellos ya no les sirve y yo perdí el miedo a servirme de lo que llevan encima los muertos. ¿Cómo puede un infante tan joven conseguir un equipo decente? Soy joven y no tengo más recursos, así que simplemente hago lo que tengo que hacer para sobrevivir. Mi vida consiste en eso, igual que el resto de los que son como yo. Lo único que importa es llegar a la siguiente batalla y, si tenemos suerte, algún día regresar a casa con algo entre las manos para poder envejecer. Aunque hay límites que no estoy dispuesto a sobrepasar, al menos por ahora. Y eso es lo que me da miedo, que un día pierda esa sensibilidad que hace que mi estómago se revuelva al presenciar algunas cosas.

Capítulo 2

Para un hombre que ha pasado toda su vida en tierra firme, los viajes en barco no son precisamente de placer, y mucho menos cuando la tormenta se desata en mitad del océano. Pero que tus entrañas deseen abandonar tu cuerpo no es suficiente para un soldado. Tenía que encargarme de los animales que viajaban en la bodega de la nave, porque el capitán se había empeñado en que lo hiciera. Haberme criado en una granja era suficiente para que me creyera un maestro en estas lides, pero no había preguntado si en mi hogar hubo alguna vez un caballo. De hecho, nunca tuvimos uno... Nuestra carreta la tiraba una pareja de vacas. Pero aprendí a tratar con esas bestias; al fin y al cabo, no eran más que animales domésticos, y estar con ellos me libraba de otros menesteres menos apreciados por mí.

—Agarra bien esas cajas, muchacho. No queremos que ninguna montura resulte herida. —Obedecí la orden de Cedrik, que venía hacia mí tambaleándose. Todo él parecía haber recibido un buen baño, ropa incluida. La tormenta del exterior debía de ser tan impresionante como me la imaginaba desde allí dentro.

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté mientras sujetaba mejor la carga.

—Ni el mismo timonel sabe dónde estamos. Con la de tumbos que estamos dando no me extrañaría que Neptuno nos arrastrase hasta su reino. —Su sonrisa me decía que aquella expresión le parecía mucho más cierta que la promesa de alcanzar un buen puerto antes del final de la semana.

Una fuerte sacudida hizo que la embarcación se escorase súbitamente, haciendo que todos los objetos que no estaban firmemente sujetos salieran volando hacia uno de los costados, el que quedaba abajo en aquel momento. Tuve miedo de que este maldito artefacto nos arrastrase a todos a las profundidades, por lo que me aferré a lo primero que tenía a mano y me pareció sólido. Mis pies quedaron suspendidos en el aire hasta que un nuevo giro de la nave nos envió al otro lado.

El ruido que hacía mi desbocado corazón casi no me permitía oír la tormenta a nuestro alrededor, y mucho menos los llamados de auxilio de los pobres animales. Pero eso no fue lo peor, sino sentir un chorro de agua sobre mi pecho que se estaba colando por una fractura en la madera del casco. Íbamos a hundirnos, iba a morir.

Pero la idea de abandonar este mundo súbitamente no me pareció mala, porque por un momento pensé que no volvería a entrar en batalla, no volvería a participar en un asedio y, sobre todo, no volvería a intentar poner a salvo a una pobre muchacha que iba a ser violada por los que creía que eran soldados como yo. No eran personas, ni siquiera animales. Lo que había aflorado de las entrañas de aquellas personas eran auténticos demonios, cuerpos poseídos por siervos del diablo. Ni siquiera la enorme cruz roja que algunos lucían en su pecho los libraba de esa posesión.

Y todo aquello me hizo pensar si realmente existía un Dios. Si era así, ¿por qué permitía que los que decían hablar en su nombre, los que defendían su causa, perpetrasen aquellas atrocidades?

—Tapa esa vía, muchacho, o nos iremos a pique. —Ver a Cedrik corriendo hacia el agujero por el que penetraba el agua del exterior me hizo ponerme igualmente en movimiento. Puede que a mí no me importase si moría o no, pero había más personas allí dentro que seguramente tuviesen muchas razones para vivir.

Luchamos contra los envites de las olas, y aunque nos lo pusieron difícil, conseguimos reducir la vía de agua. Pero no estaba cerrada del todo. Si la tormenta no menguaba, si el casco recibía otro daño como este, si no llegábamos pronto a puerto, podía que ya no tuviese que seguir pensando en que la posibilidad de morir no era tan mala, porque se convertiría en un hecho.

Pero alguien allí arriba, o tal vez allí abajo, decidió que nuestro final no iba a ser ese. Dos días después, el capitán de la embarcación nos llevó a puerto.

—No puede dejarnos tirados aquí —gritó Cedrik al que era el dueño del barco.

—Cumpliré el contrato, os llevaré hasta el punto de desembarco en Constantinopla, pero necesitamos reparar las vías de agua del casco, o la embarcación zozobrará mucho antes de llegar. —Cedrik lo perseguía por la cubierta mientras el hombre hacía que revisaba otros daños para librarse de él.

—Tenemos que reunirnos con el resto del ejército, no podemos faltar en la ofensiva. —El otro hombre miró a los soldados desperdigados por la cubierta.

—No creo que echen en falta veinte hombres. Además, en una semana habremos terminado las reparaciones y podremos regresar al mar. Constantinopla no será tomada en un día, seguro que queda algo para cuando lleguéis.

—¿Una semana? —replicó Egbert—. A esas alturas ya se estarán repartiendo el botín. —Mis ojos le observaron con atención. ¿En eso me había convertido yo también? ¿En alguien que solo piensa en luchar por el botín? A quién quiero engañar, todos estábamos allí por eso.

—Si tantas ganas tienes de morir, soldado, siempre puedes desembarcar y hacer el camino que falta por tierra. Son solo cinco días de viaje, según me han dicho. —Señaló con la cabeza hacia la gente del amarradero en tierra—. La mitad si llegas al estrecho y consigues que te lleve allí alguna nave que regrese. Te prepararé un salvoconducto si quieres. —Todos los hombres en cubierta nos quedamos observando a Cedrik.

—Ve redactándolo. Bajad las monturas y todos los suministros que quedan a bordo. —Rugió la orden. El capitán del barco estuvo a punto de protestar, pero Cedrik no se lo permitió—. Igual que has encontrado carpinteros para el barco, encontrarás quien te suministre alimentos.

Y así fue como nos adentramos en tierras desconocidas, dispuestos a avanzar en solitario hacia una ciudad que estaría siendo tomada por nuestros compañeros de armas mientras nosotros aún estábamos a mitad de camino.

Un asno se había roto una pata en uno de los envites que sacudió el barco durante la tormenta, así que despiezamos al animal y vendimos su carne. Conseguimos algunos alimentos extra, además de algo de moneda local con la que poder comprar otro medio de transporte para nuestra carga. El burro no es que fuese muy grande, pero cargaba con su parte.

Con Dagobert marcando nuestro rumbo, nos pusimos en marcha hacia nuestro destino. Con un poco de suerte llegaríamos antes de que todo hubiese terminado, o quizás suerte no era la palabra adecuada.

Ernest consiguió que el capitán le dejase uno de los mapas para copiar al menos la costa por la que teníamos que avanzar. Entre él y Cedrik, los dos caballeros de la expedición, decidieron la ruta que debíamos tomar. El resto no éramos más que infantes que obedeceríamos las órdenes de sus capitanes. Si había que llegar a la batalla caminando, no teníamos más remedio que hacerlo.

Y si la mayoría de nosotros pensaba que nuestro destino estaba condenado desde que la tormenta nos alejó del grueso de la tropa, el que el caballo de Cedrik resbalase y tirase a su jinete causándole graves heridas nos animó mucho más a sostener esa idea. ¿Alguien había maldecido nuestro destacamento? Puede que hubiese perdido mi fe en los hombres de Dios y sus propósitos verdaderos, pero estaba empezando a creer que sí existían fuerzas que se inclinaban a favorecer o complicar la existencia del hombre.

Y en nuestro caso, esas fuerzas se habían empeñado en que no llegáramos a aquella batalla.

Capítulo 3

Los nobles siempre tienen que quedar por encima del resto, o al menos tratan de dejar claro que son mejores que los hombres que están bajo su mando. Pero cuando tu pierna queda aprisionada bajo la montura y se rompe, sus gritos de dolor son iguales a los nuestros. El dolor, la muerte... Si nuestro nacimiento aparentemente nos hace diferentes, el miedo a los padecimientos, al sufrimiento y a morir es igual en todos. La muerte nos trata igual.

El caballo cojeaba por culpa de la caída, pero se mantenía en pie y se movía por su cuenta. A Cedrik tuvimos que fabricarle una parihuela con ramas y una manta para poder transportarle. Necesitaba un cirujano, pero estábamos muy lejos del ejército, en tierra desconocida poblada por gentes cuya legua no entendíamos. Encontrar ayuda sería complicado.

Avanzábamos lentamente, con el miedo a ser sorprendidos por el enemigo y sufrir un ataque. Nuestro grupo había dejado de ser silencioso por culpa de los quejidos de Cedrik. Pero así y todo, escuchamos los cascos de una montura que se acercaba. Mi mano ya estaba sobre el cinturón de mi espada para acomodarla en una mejor ubicación para la lucha. Desenvainar con presteza podía darte ese margen de tiempo necesario para sobrevivir. Pero el jinete que se acercaba era nuestro explorador. Desde mi posición al frente del grupo pude escucharle con facilidad.

—Hay una pequeña aldea ladera arriba, allí nos ayudarán —informó Dagobert a Ernest, el segundo al mando.

—¿A qué distancia? —Ernest alzó la vista hacia el sol para calcular el tiempo que nos quedaba de luz. Avanzar en aquel terreno en la oscuridad sería peligroso con un herido que llevar a cuestas.

—Hay un pequeño sendero que rodea ese bosque, si atravesamos la foresta no nos llevará más de una hora. —Mi cabeza se giró en la dirección que señalaba, tratando de atisbar ese pequeño rayo de esperanza. No solo podrían ayudar a Cedrik, sino que una aldea significaba comida caliente y no dormir al raso. Pero también significaba que estábamos a merced de unos desconocidos.

—De acuerdo, marca el camino. —Ernest se giró hacia la tropa para gritar la orden—: ¡Estad prevenidos! —Casi no hacía falta decirlo, estábamos en

alerta desde el momento que atracamos en el puerto. Pero aquel aviso nos decía a todos que pronto nos acercáramos a otras personas. Hostiles o no, pronto lo veríamos. Que Dagobert dijese que nos iban a ayudar con nuestro herido no quería decir que no fuese una trampa.

No había mucha luz cuando empezamos a atravesar la arboleda. Una densa bruma parecía flotar entre el follaje, pero podíamos ver hacia dónde íbamos. Dagobert avanzaba de hito en hito para comprobar que el camino era el correcto.

—¡Es por aquí! —gritó nuestro guía. Estiré el cuello para ver mejor hacia donde señalaba y mi vista topó con un par de ovejas acompañadas por lo que parecía una niña. Ella nos miraba con asombro, pero aun así su pequeña mano asomaba entre sus ropas incitándonos a seguirla.

Mis dedos se aferraron con fuerza al mango del hacha en mi cinturón mientras sentía que una extraña sensación recorría mi cuerpo. Aquella niebla no me gustaba, sobre todo por lo que podría ocultarse tras ella.

A medida que atravesábamos el bosque, no dejaba de buscar amenazas detrás de cada árbol, pero salvo algún animalillo más asustado que yo, no había nada más. Antes de abandonar la protección de la vegetación divisamos un enorme claro, y en él algunas edificaciones y gente. Parecían estar esperándonos, algo que me puso nervioso.

—Bienvenidos. —El saludo provenía de la mujer más hermosa que hubiese visto. Sus ojos azules sobresalían de su grácil rostro, haciendo que no pudieses apartar la vista de ella.

—Camina. —El hombre que iba detrás de mí me empujó para que me moviera. No me había dado cuenta de que me había quedado petrificado.

—Traemos un herido, ¿podría atenderlo? —La mujer asintió afable, para después agacharse junto a Cedrik para examinarle.

—Duele —espetó él entre dientes.

—Lo sé. —Solo con ver aquella sonrisa uno se sentía mejor. Yo lo hacía, ya ni me molestaban los pies por la dura y larga caminata de ese día—. Llévalo a la casa. —La mujer señaló una extraña edificación hecha de barro y ramas secas.

No perdí mi oportunidad: relevé a uno de los soldados que cargaba a Cedrik para ser de los primeros en avanzar a aquel lugar. Dentro de la cabaña circular había una pequeña hoguera en el centro y algunos jergones esparcidos alrededor, bien pegados a la pared.

—Aquí. —Obedecimos, depositando a Cedrik a uno de los lados. Ella tomó un cuenco con agua, en el que sumergió un paño con el que limpió el